

los dominios musulmanes convendría llevar las banderas cristianas. Determinóse dirigirse hácia el Este, y el ejército leonés acaudillado por Ramiro franqueó la sierra de Guadarrama, que era la marca fronteriza de moros y cristianos por la parte de Castilla, y se puso sobre Magerit<sup>(1)</sup>, desmanteló sus murallas, pasó á cuchillo su guarnicion y habitantes, ejecutó lo mismo en Talavera, y sin que pudiese darle alcance el walí de Toledo se retiró á su capital cargado de despojos (932).

El conde Fernan Gonzalez que gobernaba á Castilla avisó luego á Ramiro del peligro en que ponía sus tierras el movimiento de las tropas musulmanas, ansiosas de vengar los desastres de Madrid y Talavera, y conjurábale que acudiera en su socorro. Hízolo así el leonés, y avanzando hácia Osma, é incorporadas las tropas del monarca y del conde, encontraron á las de Almudhaffar acampadas cerca de aquella ciudad. Empeñóse allí un recio combate, y «el Señor por su divina clemencia (dice la crónica cristiana) dió á Ramiro la victoria; muchos enemigos mató, multi-

(1) Es la primera vez que suena en la historia el nombre de esta poblacion que andando los siglos habia de ser la capital de España. El cronista Asturicense la nombra *Magerit*: el Monje de Silos y Lucas de Tuy *Magerita*; don Rodrigo de Toledo *Majoritum*: es la misma que el Nubiense llama *Maghlit*, y de la que dijo mas expresamente la crónica de Cardena: «Regnó don Ramiro XX annos, é cercó á Ma-

*drid* é prisóla é lidió muchas veces con los moros é fué aventurado contra ellos.» Debía ser ya Madrid entonces plaza fuerte y de alguna importancia, como situada cerca del cordon fronterizo de los castillos cristianos y como un fuerte avanzado para proteger á Toledo. Samp. n. 22.—Chron. Silens.—Id. Tudens.—Roder. Tolet. lib. V.—El Edris. Clima IV.

tud grande de cautivos llevó consigo, y regresó á sus dominios gozoso de triunfo tan brillante<sup>(1)</sup>.» Y, sin embargo, atribuyéronse los árabes la victoria, segun en sus historias se lee; y cuando Almudhaffar á su regreso por Talavera, cuyos demolidos muros hizo reparar, entró en Córdoba, fué recibido en medio de aclamaciones: cosa muy comun en las guerras, aplicarse el triunfo de una misma batalla unos y otros contendientes (933).

Estos primeros hechos de armas de Ramiro II. no fueron sino los preliminares de otros mas brillantes y ruidosos, que habian de mostrar á los mahometanos que si ellos tenian un Abderrahman III. y un Almudhaffar, guerreros insignes, los cristianos tenian un Ramiro II. y un Fernan Gonzalez que sabian medir con ellos su poderío y su brazo y los harian probar el alcance y temple de sus armas. Hubo, no obstante, de mediar alguna tregua entre los sucesos referidos y los que ocurrieron despues. Para la inteligencia de estos necesitamos exponer la situacion en que se encontraba el imperio musulmico español y sus relaciones con los mahometanos de Africa.

De mal grado sujetos siempre los musulmanes africanos á los califas de Damasco y de Bagdad, habian logrado los descendientes de Edris sacudir el yugo de los Abassidas de Oriente y fundar en Fez el imperio

(1) Samp. Chron. n. 23.

independiente de los Edrisitas. Otra dinastía rival de esta, la de los Aglabitas, había alzado también el pendón de la independencia y erigido otro imperio en la parte central del Magreb, estableciendo la corte de su nuevo estado primero en Cairwan, después en Tunez. Los Aglabitas habían extendido su dominación á la Sicilia y la Calabria y llevado sus devastadoras excursiones á todo el litoral de Italia. A principios del siglo X. levantóse en Africa otro nuevo profeta, Obeidallah Abu Mohammed, que se nombraba *Al Mahadi* (el conductor), y se decía, como Edris, descendiente de Ali y de Fatima la hija de Mahoma. Este impostor acertó á fanatizar las poblaciones africanas que en gran número se le adhirieron y reconocieron por jefe, y en poco tiempo fundó otro nuevo imperio en el Magreb central, fijando su corte en una ciudad nueva que de su nombre denominó Almahadia. Arrojos por él los Aglabitas de Cairwan y de Sicilia, sujetos también á su obediencia los Edrisitas del Magreb, pronto la naciente monarquía de el Mahadi ó de los Fatimitas se encontró mas extensa, pujante y poderosa que la de los mismos califas de Córdoba y de Bagdad. El octavo soberano edrisita de Fez, Yahia, se veía cercado en su capital por el Mahadi, y solo á costa de oro y de su independencia pudo comprar una seguridad momentánea. A poco tiempo se apoderó de la ciudad el emir de Mequinez, y le obligó á salvarse con la fuga. El depuesto Ben Edris invocó el auxilio

del califa de Córdoba Abderrahman III, el cual, ya acordándose de la antigua amistad de los Edrisitas y los Omniadas, ya por el interés de atajar los progresos de los Fatimitas que podían ser peligrosos para la misma España, ya también porque viese ocasión de extender sus dominios por la costa de Africa, envió en socorro del destronado rey de Fez un ejército y una escuadra.

No es nuestro propósito referir las vicisitudes de las terribles guerras de Almagreb que empaparon de sangre los campos africanos, sino indicar solamente que estas expediciones lejanas gastaban al califa de Córdoba las fuerzas que le hubiera sido mas conveniente emplear contra los cristianos españoles. Cierto que por un pacto con el último heredero de la estirpe de los Edris llegó Abderrahman III. á gobernar á Fez por medio de uno de sus walfes, mientras el príncipe protegido se había venido á residir en la Península; pero además de haberle costado muchas pérdidas y no poca sangre de los suyos, debió convencerse de que en pais como el de Almagreb, era mas fácil hacer conquistas que conservarlas, por mas que el engrandecimiento momentáneo de sus dominios pudiera lisonjear su amor propio. En esto tenía empleada una gran parte de su ejército cuando ocurrieron en España los sucesos que vamos á referir.

Ramiro de Leon había empezado á inquietar de nuevo á los musulmanes por la parte de Lusitania y

Estremadura, y un poderoso walí nombrado Omeya ben Ishak Abu Yahia <sup>(1)</sup>, resentido con el califa por haber condenado á muerte á un hermano suyo, pasóse al rey de Leon arrastrando consigo muchos valientes musulmanes de la frontera, y entregándole los castillos que dependían de su gobierno (937). Sabido por Almudhaffar, hizo con sus cordobeses una correría hácia el Duero como para neutralizar el mal efecto de aquella defeccion, pero volvióse por Mérida á Córdoba, sin otro resultado que el de una algara comun. Esto mismo le movió á concertar con el califa y con el divan una espedicion seria para castigar al propio tiempo las atrevidas incursiones de Ramiro el cristiano y la deslealtad escandalosa de Abu Yahia.

Proclamóse entonces la guerra santa: á la voz de califa toda la España musulmana se puso en movimiento: Almudhaffar conducia la caballería de los Algarbes; Abderrahman salió de Córdoba con su guardia y la flor de los caballeros andaluces, con gran cortejo de jeques y llevando en su compañía todo el divan: los caminos, dicen sus crónicas, estaban cubiertos de gente y aparatos de guerra: el punto de reunion eran los campos de Salamanca. A orillas del Tormes se formó un vasto campamento (fines de 938), en que figuraban todas las tribus musulmicas de Es-

(1) Sampiro dice que era el de que lo era de Santarén. Zaragoza, el árabe Masudí supone

paña en número de cien mil guerreros. Pasada revista general y tomadas todas las disposiciones, púsose el ejército en marcha en la primavera de 939, y pasando sin resistencia el Duero, talando campos y quemando poblaciones, y haciendo (dice su crónica) los estragos de las tempestades, llegó la muchedumbre sarracena á la vista de Zamora, «fuerte á maravilla, circundada de siete muros de robusta y antigua fábrica, obra de los pasados reyes, con dobles fosos anchos y profundos llenos de agua, y defendida por los mas valientes cristianos.» Comenzó el sitio: los cercados hacían salidas que los mismos enemigos llaman impetuosas, si bien rechazadas por los tiradores árabes que á la menor señal salían de sus tiendas armados de arco y de lanza, y montados en ligerísimos corceles.

En esto supo Abderrahman que Ramiro le iba al encuentro con gran golpe de gente cristiana, y con esta noticia, dejando veinte mil hombres en el cerco de Zamora al cargo del walí de Valencia y de Abdallah ben Gamri, pusieron se en marcha el califa y Almudhaffar el Duero arriba en busca del ejército leonés. Encontráronse ambas huestes cerca de Simancas hácia la confluencia del Pisuerga y del Duero. Los escritores árabes y cristianos refieren todos que al día siguiente hubo un espantoso eclipse de sol que en medio del dia cubrió la tierra de una amarillez oscura, que llenó de terror á aquellos guerreros que no habían

visto en su vida cosa semejante <sup>(4)</sup>. Inútil es decir cuánto consternaría este fenómeno á los supersticiosos cristianos, y á los mas supersticiosos musulmanes. Dos días pasaron sin que unos ni otros hicieran movimiento alguno. Al tercero comenzó el ruido de los añafles y trompetas y los alaridos de ambas huestes á anunciar el combate. Dejemos á los autores árabes que nos cuenten ellos mismos esta memorable batalla.

«Bajaba el inmenso gentío de los cristianos muy apiñado en sus escuadrones, y con enemigo ánimo se acometieron ambas huestes y se trabaron con atroz matanza. Por todas partes se veía igual furor y constancia: el príncipe Almudhaffar recorría todos los puestos animando á los musulimes, blandiendo su robusta lanza, y revolviendo su feroz caballo entraba y salía en los mas espesos escuadrones enemigos, haciendo cosas hazañosísimas. *Sostenian los cristianos el encuentro de la caballería musulímica con admirable esfuerzo, y su rey Radmir con sus caballos armados de hierro rompía y atropellaba cuanto se le ponía delante: el rebelde Aben Ishac (Abu Yahia, el que acompañaba á Ramiro), con sus valientes caballeros*

(4) El eclipse fué cierto, y le mencionan no solo las historias arábicas, sino tambien Sampiro, los Anales de Saint-Gall, Luitprand, los Monjes de San Mauro en su Cronología de los eclipses, y otros muchos autores. La Crónica Burgense dice que salieron llamas del mar é incendiaron muchas ciudades y villas, y entre ellas un barrio de Zamora, Carrion, Castrojeriz, cien casas en Burgos, Briesca, la Calzada, Pancorbo y otras muchas. Chron. Burg. ad kalend. julii.

andaba tambien cubierto de crugientes armas, deramando la sangre de los musulimes como el mas feroz de sus enemigos: cedían el campo los musulimes al valor de esta aguerrida gente; pero el rey Abderrahman viendo desordenadas muchas banderas del ala derecha, y que toda la hueste cedía el campo á los enemigos, se lanzó con la caballería de Córdoba y toda su guardia al costado del ejército de los infieles, y rechazados con valor por apiñados escuadrones de lanceros, todo el ímpetu de la caballería logró penetrar en ellos, y se volvió de aquel lado toda la fuerza del ejército enemigo: por todas partes se renovó la batalla con el mayor ardimiento. Aben Ahmed separó su gente, y peleando en los primeros contra los mas valientes enemigos, fué derribado del tercer caballo con un fiero golpe de hacha y espiró al punto: tambien murió al lado de este caudillo, y á la vista del rey Abderrahman, el cadí de Valencia Gehaf ben Yeman, y el esforzado caudillo de Córdoba Ibrahim ben David, que se distinguió en este dia con estrañas proezas, y cayó lleno de heridas. Ya la victoria se declaraba á favor de los musulimes, y los cristianos se retiraban peleando, cuando la venida del encubridor tiempo de la noche puso treguas á tantos horrores. Quedaron los musulimes sobre el campo mismo de batalla, que estaba regado de humana sangre y cubierto de cadáveres y de heridos moribundos, que espiraban hollados entre los pies de la caballería:

alli pasaron la noche, y descansaban los vivos tendidos y mezclados sobre los muertos, esperando con impaciencia y temor la luz del día para acabar aquella sangrienta é inhumana contienda.»

Hemos preferido de intento la relación de un escritor árabe, porque en ella se revela bien á las claras la horrorosa derrota que en aquella célebre lid sufrieron los suyos: la verdad se le escapa de la pluma refiriendo la muerte de sus mejores caudillos, y describiendo las irresistibles acometidas de los cristianos, sin atreverse ni siquiera á indicar la pérdida que estos tuviesen.

Confiesan tambien los árabes, que si Ramiro no acabó al día siguiente con todo el poder de Abderrahman fué porque el moro Abu Yahia, arrepentido ya sin duda de haber contribuido á derramar tanta sangre ismaelita, halló medio de disuadir al rey de Leon de continuar la pelea, so pretesto de tenerle preparada un emboscada los árabes, y con otras razones y engaños: lo cierto es que «desistió, dicen sus cronistas, alejándose de aquellos estragados campos, lo cual libró á los musulimes de manos de Radmir.» Dirigióse entonces otra vez el escarmentado ejército sarraceno á Zamora, donde, como dijimos, habian quedado veinte mil hombres sitiando la ciudad. Oigamos tambien la relación que hace el escritor arábigo de la no menos famosa batalla conocida con el nombre de batalla del *Foso de Zamora*.

«Diéronse, dice, recios combates á sus torreados muros, y los cercados se defendian con bárbaro valor. No se adelantaba ni ganaba un paso sino á costa de sangre de los esforzados musulimes: la presencia del rey Abderrahman y del príncipe Almudhaffar escitaba el ánimo de los combatientes, y lograron aportillar y derribar dos muros, entraron numerosas compañías de musulimes, y hallaron dilatado espacio, y en medio una ancha y profunda fosa llena de agua, y los cristianos con desesperado ánimo defendian aquella fosa. Fué una espesa nube y horrible torbellino de tiros y saetas, la matanza fué atroz, y los *esforzados castellanos caian muertos en el lugar que ocupaban*. Los valientes musulimes perdieron en aquella pelea algunos millares que alcanzaron este día las copiosas recompensas y premios de su algihed: entraron muchas banderas de la gente de Algarbe y Toledo, y arrojando al foso los cadáveres de sus hermanos musulimes, *estos les sirvieron de puentes*, y los cristianos no pudieron resistir el ímpetu de tantas espadas sedientas de sangre, y allí *murieron como buenos*. La sangre de estos y la de los musulimes enturbió y enrojeció las aguas del foso, y parecía un lago de sangre..... Esta fué la célebre batalla de Alhandic, ó del foso de Zamora, *tan sangrienta para los vencedores como para los vencidos.....*»

Hasta aquí la relación del cronista musulman, de la cual harto claramente se desprende que si los maho-

metanos llegaron á plantar sus estandartes en los muros de Zamora, no lo hicieron sino á costa de una mortandad desastrosamente horrible, que el cronista Sampiro hace subir á ochenta mil muertos; número que convendremos podrá ser exagerado, como acaso los árabes le disminuirían también por su parte al fijar el de cuarenta ó cincuenta mil, pero que de todos modos hace equivaler á una gran derrota la que ellos proclaman como victoria insigne, y en la cual hasta el mismo califa, según Sampiro, fué retirado del campo del combate malamente herido. Fué la famosa batalla del foso de Zamora el 5 de agosto de 939, víspera de los santos Justo y Pastor, catorce días después de la de Simancas<sup>(1)</sup>.

Poco tiempo fueron los árabes dueños de Zamora; contados días se enseñorearon de la ciudad, porque Ramiro revolvió inmediatamente sobre ella, y recobróla, é hizo pagar bien caro á los soldados del califa su efímero triunfo, si triunfo había sido. Allí hizo prisionero al dos veces desleal Abu Yahia. ¿Cómo se encontraba ahora en Zamora este caudillo sarraceno que había peleado en las filas de Ramiro en la batalla de Simancas? Falto de fé este moro, como lo eran generalmente los de su nación, después de haber sido traidor á Abderrahman no paró hasta serlo á su vez al rey Ramiro.

(1) Nuestros historiadores suelen confundir las dos batallas, acaso por mala interpretación del breve y sumario texto de Sampiro; pero en las historias árabes se señalan bien explícitamente las dos.

Abandonó, pues, las banderas de Cristo el que antes había desertado de las de Mahoma. Recibióle el Miramolin, acaso más por política que por benevolencia, pues le importaba mucho privar á Ramiro de tan temible auxiliar. Preso ahora por el monarca leonés, cuando acaso iba á recibir el merecido de su felonía, con la suerte que á las veces tienen los malvados logró fugarse y volvió á obtener entre los musulimes las funciones de walí que antes había ejercido.

Dos meses más tarde, y retirado ya á Córdoba el califa, envió Ramiro su ejército hácia el Tormes á repoblar varias ciudades y pueblos ó desiertos ó arruinados, entre los cuales lo fueron Salamanca, Ledesma, Baños, Peñaranda y varios otros lugares y castillos<sup>(1)</sup>. Pero el conde de Castilla Fernán González, que debía traer ya en su ánimo el proyecto de emanciparse del rey de León, celoso de que el leonés erigiera por sí solo poblaciones que pertenecían al territorio de Castilla, levantóse contra Ramiro en unión con Diego Nuñez ó Muñoz, á quien suponen su yerno, conde también ó gobernador de alguna comarca. No

(1) La mala inteligencia de una palabra de Sampiro dió ocasión á muchos historiadores españoles para suponer que en esta expedición del Tormes había tenido que pelear Ramiro con un general moro llamado *Azeipha*, con quien dicen se alió Fernán González. Es el caso que Sampiro dijo: *Deinde post duos menses uzeipham ad ripam Turmi ire disposuit. Y siendo *azeipha* una palabra árabe (de *al saiffah*) que significa ejército ó reunión de gente armada, tomaronlo ellos por el nombre propio de un caudillo sarraceno, y de aquí la batalla que era menester se siguiese, y las desavenencias entre Ramiro y Fernán González é instigación del moro *Azeipha*, y todo el edificio que sobre este falso cimiento se levantó.*

se descuidó Ramiro en conjurar esta tormenta, y haciendo á los dos prisioneros (940), los trasportó, al castillo de Leon al uno y al de Gordon al otro. Allí permanecieron algun tiempo, hasta que hecho juramento de lealtad al rey y de renunciar para siempre á todas sus pretensiones, no solo les dió libertad, sino que llevó su confianza en Fernan Gonzalez, cuyo mérito y valor por otra parte conocia, al extremo de concertar el matrimonio de su hijo primogénito Ordoño con la hija de Gonzalez llamada Urraca <sup>(1)</sup>.

No bien escarmentados todavía los árabes, intentaron al año siguiente (941) otra invasion por la frontera cristiana del Duero. Mas sorprendidos los infieles cerca de San Esteban de Gormaz entre el río y unos altos cerros y tajadas peñas, no les quedaba otra alternativa que perecer ó triunfar. El Coraixi que los mandaba era uno de aquellos musulmanes que reunian la cualidad de poetas á la de guerreros; para alentar pues á sus soldados en trance tan comprometido les recitó unos célebres versos que nos han conservado sus historiadores <sup>(2)</sup>. Segun ellos surtió su efecto la enérgica excitacion del caudillo poeta, las aguas del Duero se enturbiaron con sangre cristiana, y se apo-

(1) Sampir. n. 23.—Monach. Tolet.  
Silens.—Lucas. Tud.—Roder. (2) Conde los traduce así:

De un lado nos cerca Duero,—del otro peña tajada,  
La salida está en vencer,—y en el valor la esperanza;  
La sangre de los infieles—enturbie del Duero el agua.

deraron de la fortaleza de *Sanestefan* con gran mortandad de sus defensores.

Desde esta batalla no se habla de otras relaciones entre árabes y leoneses hasta una tregua ajustada en 944, que el escritor arábigo refiere en los siguientes términos: «El rey Radmir de Galicia envió sus mandatarios al rey Abderrahman para concertar ciertas avenencias de paz en sus fronteras; y Abderrahman los recibió muy bien, y otorgaron sus treguas que ofrecieron guardar por conveniencia de ambos pueblos, y envió el rey Abderrahman á su vazzir Ahmed ben Said con los mandaderos de Galicia para saludar en su nombre al rey Radmir, y fué el vazzir á Medina Leonis (Leon)..... se ajustaron treguas por cinco años y fueron muy bien guardadas <sup>(1)</sup>.»

Tales fueron las consecuencias de la famosa batalla de Simancas, la mayor que se habia dado entre cristianos y musulmanes desde el desastre de Guadalete.

Invirtieronse los años que duró la tregua en fundar y repoblar ciudades y villas en Castilla y Leon, hasta que habiendo aquella espirado (949), y no bien avenido con la ociosidad el genio activo y belicoso de Ramiro, repasó el Duero con sus leoneses, y dirigiéndose á la siempre combatida Talavera maltrató sus muros, obligó á los moros á aceptar un combate en que les mató doce mil hombres, les hizo siete mil

1) Conde, cap. 82.

prisioneros, y se volvió victorioso á su córte de Leon<sup>(1)</sup>. Esta fué su última campaña. Habiendo en el otoño del mismo año hecho un viage de Leon á Oviedo, regresó atacado de una grave enfermedad, de la cual sucumbió el 5 de enero de 950, víspera de la Epifanía, despues de haber recibido la confesion y el hábito penitencial ante la presencia de varios obispos y abades y hecho cesion de la corona en su hijo Ordoño, tercero de este nombre, casado con la hija del conde Fernan Gonzalez. Enterróse en el monasterio de San Salvador de Leon, fundado por él para su hija Elvira; que en los pocos períodos de paz que en un reinado de cerca de veinte años disfrutó Ramiro II. hizo lo que acostumbraban á hacer los monarcas de aquel tiempo, fundar y dotar monasterios y dedicarse á arreglar las cosas de la Iglesia<sup>(2)</sup>.

(1) Samp. Chron. n. 24.—Los árabes lo cuentan de otro modo, y se atribuyen la victoria como de costumbre.

(2) Disputase mucho todavía sobre si Ramiro II. tuvo una sola, ó dos ó mas mugeres. Sampiro dice expresamente que casó con *Teresa Florentina*, hija de Sancho Abarca de Navarra. Morales menciona escrituras en que aparece el nombre de *Urraca*, Sandoval cita otras en que se nombra á *Jimena*. El maestro Florez en sus *Reinas Católicas* intenta resolver la cuestion del modo que generalmente acostumbraba, esforzándose en probar que fué una sola con los nombres de *Urraca* y *Teresa*. Con frecuencia vemos suscitarse estas dudas so-

bre el número y nombres de las mugeres de los reyes de Asturias, Leon y Castilla, bien nazca de qué en aquellos tiempos pusieran á las reinas varios nombres, bien de los muchos yerros que en punto á nombres propios cometian los copiantes de manuscritos, bien de que se confundieran los de las mugeres legítimas con los de las *amigas* de los reyes (que así las llama por decoro el erudito Florez), ó bien de que no se diera á la averiguacion de este asunto la mayor importancia, hasta que el mencionado Florez dedicó á este exclusivo objeto su utilísima obra de las *Reinas Católicas*, que por lo común nos sirve de guia sobre esto particular en nuestra historia.

## CAPITULO XV.

ABDERRAHMAN III. EN CÓRDOBA:

DESDE ORDOÑO III. HASTA SANCHO I. EN LEON.

De 950 á 964.

Grandeza y esplendidez de la córte de Abderrahman III.—Descripcion del maravilloso palacio de Zahara.—Embajada del emperador griego Constantino Porphirogeneta.—Otras embajadas de príncipes extranjeros al soberano de Córdoba.—Grave disgusto de familia. Suplicio de su hijo Abdallah.—Muerte de Almudhaffar.—Ordoño III. de Leon.—Conspiran contra él su hermano Sancho y el conde Fernan Gonzalez. Frustra su empresa, y repudia á su muger Urraca.—Muerte de Ordoño III. y elevacion de Sancho el Gordo.—Sancho es destronado.—Refúgiase á Pamplona.—Pasa á Córdoba á curarse de su extremada obesidad.—Su amistad con Abderrahman.—Repónele el califa en el trono de Leon.—Fuga y desgraciado término de Ordoño el Malo.—Guerras y engrandecimiento de Abderrahman en Africa.—Conquista de Tunez.—Riquísimo y espléndido regalo de Ahmed.—Célebre embajada.—Othon el grande de Alemania.—El monge Juan de Gorza.—Sobre el martirio de San Pelayo.—Ultimos momentos de Abderrahman III.—Su córte. Ciencias, letras, artes. Poetisas de su alcázar.—Dicho célebre de Abderrahman III.

A cinco millas rio abajo de Córdoba habia un ameno y apacible sitio, donde Abderrahman, convidado por su frescura y frondosidad, solia pasar las temporadas de primavera y otoño. Allí hizo construir